

CAPÍTULO III

SISTEMA MODERNISTA.—Un preliminar.—El testimonio masónico según peso y medida, y una vez para siempre.—Sistemas.—Estado de la cuestión y noción exacta de la masonería.—El sistema modernista expuesto y sus cuatro argumentos.—¿Es cierto que la masonería no fué condenada hasta 1738?—Palabras de la Encíclica *Humanum genus*.—Masonería jansenista.—Masonería sociniana.—*Con la historia en la mano!*—Palmetazos previos.—La historia y los historiadores de los modernistas.—Un rato de buen humor.—Los otros dos argumentos de los modernistas se disparan por sí mismos contra ellos.—El gorigori.—Un apologista inconsciente de la masonería y admirador de Proudhon.—Unos plumazos sobre filosofía de la historia.—Un Mr. Bois de madera oriental.—¿Cromwell fundador?

Después de esa ruda controversia á que hemos asistido, no como interesados lidiadores, con particular enseña y personal esfuerzo, sino como honrados jueces de campo, cuyo oficio es solamente examinar las armas y condiciones, juzgar de las artes, golpes y heridas de los contendientes, para adjudicar á quien de ley y justicia la palma del mérito; vamos á entrar á velas desplegadas en el revuelto golfo de varias hipótesis, sentencias, suposiciones, analogías y argumentos, que como vientos contrarios se entrechocan y combaten furiosamente, para sacar entre todas señora y victoriosa la opinión que mejor y más sólidamente establezca el verdadero y definitivo origen de

la traída y llevada masonería. Sino que en la nueva discusión vamos á tomar un camino y procedimiento inverso; porque así como antes, de un salto nos trasladamos á la cumbre, allí emplazamos nuestro campamento y desde aquella eminencia dominábamos todas las posiciones inferiores, escalonadas desde lo más alto á lo más bajo; así ahora comenzando desde el valle más humilde, nos proponemos subir por la escala del tiempo paso á paso á partir de la época más moderna, recorriendo y eliminando fechas y versiones, hasta no dar con un punto y fuerte ventajoso, desde el cual nos sea dable batir todas las posiciones enemigas, así las de más arriba como las de más abajo. Que si esto logramos por corona de la buena intención y honrada imparcialidad, que fueron siempre nuestro norte y divisa, allí donde quiera que tal dicha alcancemos, daremos término feliz á nuestras investigaciones, saborearemos con deleite el fruto de la verdad afanosamente conquistada y con su dulzura brindaremos á nuestros lectores en pago de su paciente y benévola atención.

A bien que no está el sabroso fruto tan á la mano como á cualquiera tal vez se le antojara; y este nuevo método de agrupar y clasificar todas las principales opiniones de los autores por orden cronológico, y hecho esto, el trabajo de analizar, pensar y graduar cada una de ellas, conforme á la mayor proximidad de fechas ó datos, hasta llegar de una en otra, por vía de exclusión á la solución más satisfactoria, fijando la época más verosímil por más cercana á nuestros tiempos, no es empresa tan llana y hacedera para un justo razonador, que por lo que toca al asunto controvertido, se reconozca libre y exento de toda idea preconcebida, superior á cualquiera autoridad, de pocos ó de muchos, que no venga bien registrada y aquilatada; que por lo que mira á los principios generales de crítica, se proclame independiente como el que más, de toda escuela

más ó menos despótica, de todo sistema convencional, de toda clase de precedentes más ó menos ficticios y supuestos por no rendir parias más que á la inflexible lógica y al precioso sentido común, exelentes y únicos maestros en la presente materia como en todas.

Y no parezca á nadie ociosa esta salvedad, cuando con tanta frecuencia en lides eruditas vemos á recomendables ingenios sucumbir al espíritu del sistema á magisterio arbitrario, á docta preocupación, y lo que es más feo, hasta á esclavitud de la moda. La leal y positiva independencia de juicio, dentro de la esfera racional y prudente, como tan sabiamente encarece Balmes, es patrimonio de unos cuantos escogidos, que en pudiendo pensar por sí mismos, no se doblegan á pensar por cuenta ajena.

Entremos ya en materia. Pero es el caso que tropezamos de buenas á primeras con una grave dificultad. Dado que si conforme á nuestro plan enunciado, hemos de dar por principios de cuentas, el cuadro de autores y opiniones divididas en grupos, ¿en éste catálogo habrán de figurar toda suerte de autores en montón? Porque de ellos los más son masones, el resto lo componen los *profanos*. Pues aquí surge la duda: ¿Se habrán de tener en igual rango los sectarios que los profanos de innegable valer? Y aun ocurre otra pregunta. ¿Qué peso y estimación será lícito atribuir al testimonio y discursos de aquellos? Y esforzando la duda, podría inquirirse más todavía. ¿Los escritores de la secta son dignos de aprecio alguno, ó de útil mención siquiera en la controversia que va ocuparnos? Que es lo último á que podría llegarse.

Y no se nos eche encima desde luego la nota de manifiesta parcialidad é inconsecuencia, toda vez que con tal desenfado empezamos por recusar, desvirtuar ó nulificar, cual si nada valiesen ó significasen, los dichos y probanzas de un nu-

meroso partido, cosa al parecer no nada tolerable, ni ajustada á las leyes de equidad.

A cuyo reparo satisfaremos con una sencilla distinción, explicando de paso el intríngulis de la aparente contradicción que tal vez se pretendería encontrar en nuestras palabras y conducta variable. ¿Se trata del testimonio másónico, expresado ya de una, ya de otra manera, en forma de clara exposición de principios ó ideas, ó como paladina confesión de hechos; sea como impremeditada revelación de lo oculto, sea como interpretación segura de signos, fórmulas, prácticas ó emblemas; y el tal testimonio es desfavorable á los fines y propósitos de la secta, adverso á sus planes é intereses? Lo marcamos por bueno y valedero, y en fuerza lo equiparamos á la más robusta demostración; como que hallamos en él todos los apetecibles caracteres de veracidad, por emanar de aquellos á quienes más perjudica. Esta clase de pruebas son de uso muy frecuente y socorrido en la investigación de lo que atañe á la naturaleza, doctrinas, misterios y ocultos procedimientos de la secta.

Pero aquí no se trata de esto, sino de indagar pura y simplemente, ¿cuál es el principio histórico de la secta? A este respecto preguntamos, ¿qué valor debe darse á los informes y noticias suministradas por sus maestros y adeptos? A esta pregunta, nuestra respuesta es categórica, pese á quien pesare. El testimonio masónico relativo á los comienzos de la malhadada institución, es unas veces totalmente inepto por ignorancia, otras falaz y malicioso hasta un extremo indecible. Inepto en las lucubraciones de algunos autores por el más lamentable trastorno de la cronología, el absoluto desconocimiento de la historia general, el embrollado revoltijo de datos ciertos con fábulas y sueños desvariados y la más completa falta de crítica y discernimiento, á vueltas de la fátua ostentación de saber y erudición recóndita. Falaz y embustero por todos sus costados

en las obras de otros autores, que á las claras descubren su mala fe, afirmando y luego desmitiéndose ellos mismos, contradiciendo á los demás, y contradiciéndose á sí propios, barajando sistemas, metiéndolo todo á barato, burlándose del lector crédulo, sembrando confusiones y esparciendo tinieblas. Para prueba de todo lo cual diviértase, quien tenga alma para ello, con los análisis de todo ese atajo de mentiras, disertaciones y leyendas de sabor más ó menos filosófico y erudito que nos dejaron hechos Saint-Albin, Gautrelet, Gyr y sobre todo un Antiguo Rosa Cruz. [1]

¿Con que no quedará esperanza de sacar de toda esa despreciable escoria ni siquiera un grano de oro? Nos guardaremos de inferir tal consecuencia; eso ya es harina de otro costal; y aquí se ofrece una consideración, que no puede menos de herir cualquier ánimo medianamente reposado. En efecto, en medio de esa barahunda, de todo ese caos inextricable de patrañas, sofismas y ficciones con que nos aturden, es cosa admirable, es cosa que pasma, la unánime concordia de toda la masonería escribiente, de la más iliterata á la más docta, de la más vieja á la más moza, en aquella común creencia, tal que si nos pusiéramos á endilgar nombres propios nada más, tendríamos para rato: Richellini, Caignart de Maylli, l'Abeille, de Castro, Schmitz, Rebold, Redarez, Reghellini de Schios, Accrellos, Lenoir, Payne, Bonneville, Clavel, Nasch, Matter, Juge, etc., etc., citados unos por Negroni, otros por Gyr, Neut ó Gautrelet. Los cuales autores sectarios, si pocos coinciden en la asignación de épocas iguales, pero todos ellos con raras excepciones convienen en reconocer una venerable ancianidad más ó menos remota, dentro del vasto período que bajando hasta los errores y torpezas de los Templarios, se extiende para

1 La Franc-Maçonnerie par un Ancien Rose Croix.—Paris, 1883.

arriba á través de las sociedades secretas de la Edad Media, hasta las sectas de los primeros siglos cristianos, penetra en las primeras edades del mundo y comprende en su amplísima órbita todas las escuelas, congregaciones y misterios ocultos del gentilismo y del hebraísmo, gimnosofistas, magos, druidas, sacerdotes de Isis y Osiris, variadísimos misterios de Egipto, Persia, Caldea, Fenicia y Grecia; cuantas invenciones en número incontable el genio del mal diseminó por la tierra desde la infancia del género humano, para su eterna ruina. Y todo esto con una particularidad la más estraña, capaz de sorprender al más reflexivo entendimiento; y es que los sectarios más volterrianos y escépticos, después de divagar á su placer con el estímulo de la más desenfrenada libertad de pensamiento, vienen á la postre, renegando prácticamente de sus propias convicciones, á rendir humilde homenaje á la vulgar creencia de la malfélica hermandad; como el jovial Bazot, de quien por más suelto de pluma y libre de vergüenza, repetimos especial mención, el cual mientras pone en caricatura la candorosa fe de sus hh. sobre este punto y se hace célebre por su festiva sátira; llegado el caso de fijar las fechas de los diferentes estatutos de la cofradía, tiene el buen cuidado de contar por los años de la grande era masónica, que es la era precisa de la creación de la luz y del mundo. Como el incomparable Ragón, el maestro sagrado y canónico por excelencia de la secta, el cual después de haber calificado con el mayor desparpajo de *fábulas groseras* la famosa leyenda de Adonhiram y demás novelas disparatadas, con gran aplomo asevera, que si el Ritual señala el *mediodía* como principio de los *trabajos* masónicos y la *medianoche* como conclusión de los mismos, es por acatamiento á la memoria de Zoroastro, uno de los primeros inventores de los misterios, que á las mismas horas habría y cerraba sus sesiones secretas: que si los templos masónicos deben *orientarse* y si

tanto se habla de *orientes* en masonería, esto se hace, para recordar á los iniciados que de los pueblos orientales les han venido los misterios de la sabiduría; y que la adopción del calendario masónico se justifica plenamente, porque siendo los misterios de la masonería tanto más antiguos que los del cristianismo, malamente podía aquella tomar por base de sus cómputos la era cristiana.

Tal es el grano de oro que de todo aquél montón de caprichosas, indigestas y falaces narraciones puede entresacarse, el testimonio uniforme de esa extraordinaria tradición, pensamiento fundamental, rasgo característico de la masonería, implícita y forzada confesión de su perversidad é infamia originaria; que por tanto no se explica por la necia vanidad de ilustrar su prosapia; ni cuadra con el afán sistemático de encubrir á los ojos de las gentes su esencia real y propia fisonomía. Ya más arriba pusimos atención sobre este punto importante, y de nuevo la llamamos, porque no debe perderse de vista en toda esta cuestión.

Ahora desembarazados de todo el fárrago de historias masónicas, que fuera de lo dicho no nos habían de enseñar otra cosa, entremos ya en nuestra familia y consultemos á los de casa, á los *profanos* digo, que de ascendencias masónicas, según aparece de la inspección de sus obras, saben más que los masones mismos, han estudiado más concienzudamente y han hablado con más verdad, como que ningún móvil rastrero los incita á embrollar y desfigurar hechos y cosas, antes el amor del bien social, noble y desinteresado, los animó y sostuvo en la no divertida empresa de aclarar lo obscuro y rastrear lo desconocido.

Nuestro plan ó método ya lo insinuamos: clasificar por grupos en línea ascendente las opiniones ó versiones más respetables acerca del origen de la masonería, y en el mismo orden

presentar con fidelidad las razones ó fundamentos de cada cual y discutir uno por uno fundamentos y opiniones. En *línea ascendente*, no de inventores ó patronos de cada opinión, sino de tiempos ó épocas señaladas en cada teoría para el nacimiento de la secta, desde la más moderna á la más antigua.

No es tanta la variedad de dictámenes entre los principales autores, como podría suponerse, según es de ver en el adjunto catálogo.

1. Origen moderno.—La *Civiltà Cattolica* con Onclair, su traductor, Bois etc.

2. Origen sociniano.—Lefranc con el Ilmo. Sr. Fava, el Antiguo Rosa Cruz etc.

3. Origen templario. Eckert con Saint-Albin, Gautrelet, Ilmo. Sr. Deschamps, Gyr y Honrubia etc.

4. Origen maniqueo.—Barruel, Bresciani, Henrion, P. Deschamps etc.

5. Origen judaico.—Tirado, Heurclmans y otros.

6. Origen primitivo.—Negroni, Ilmo. Sr. Espivent, Mau-pied, etc.

Es muy de advertir la conducta de Benoit que tan á fondo penetró en el estudio de la francmasonería, y que en su reciente obra de la *Cité Antichrétienne*, ha dado al mundo el análisis tal vez más completo y detallado de la naturaleza, acción y orígenes de aquella. También formula como era de rigor, su voto sobre la cuestión que en estos momentos nos preocupa; pero lo hace distinguiendo. “La masonería, dice, cuanto á su *forma actual* es moderna, cuanto á su *substancia* es antigua [1].” Una distinción semejante registramos en el P. Gautrelet [2] y hasta en Saint-Albin, según el cual no es lo mismo

(1) La cité antichrétienne t. II. núm. 626.

(2) La franc-maçonnerie et la révolution 4.ª Lettre.

hablar del origen que hablar del principio de una institución [1].

¿Conque en la solución del problema, cabe una distinción? ¿y esta distinción, según se vé, viene motivada?

Razón es, por consiguiente, antes de entrar en la lid, recorrer el campo despacio, precisar atentamente el objeto de la contienda y demás prudentes condiciones; ó para hablar en prosa corriente, menester es deslindar bien el estado de la cuestión. Pues bien, ¿de qué se trata? De averiguar cuándo principió á existir una secta, sociedad ó institución que hoy se llama francmasonería ó masonería. Luego lo que ante todo procede, es aclarar bien el concepto de esta masonería, explicar lo que ella es en sí, según la idea primordial é invariable que en ella campea ó el principio vital que la informa y ha informado siempre, conforme al fin general de su acción y en virtud de las propiedades ó caracteres que la completan; para que así todos convengamos ó debamos razonablemente convenir en una misma cosa, sin licencia para fantasear definiciones á capricho como quien acuña medallas por su dinero. Que de no emplear esta cautela, bien podríamos contender hasta el fin de los siglos y no llegar á entendernos nunca.

Además podría suceder que esta institución ó secta, apellidada hoy por hoy masonería, sin dejar de ser la misma, hubiese cambiado nombres en las distintas épocas de su existencia, como los cambian por trozos los caudalosos ríos en la dilatada prolongación de su curso. Tanto más que ya Ragón os nos curó de espanto, diciéndonos que eso de *Franc-masonería*, por ejemplo, no es más que un nombre *encubridor* [voilateur]. Así es que por la fruslería de un epíteto, no nos habremos de romper las cabezas; lo que vale es la cosa.

(1) Les franc-maçons, Chap. I.

Por último, ¿quién no reconoce que una institución puede revestir formas diversas ó recibir nuevos modos ó sistemas de organización por la fuerza de circunstancias accidentales, ó por influjo de tiempos y lugares? Por lo tanto, justo será atenernos á la *substancia* de la institución ó ser social, hecho á un lado lo accidental y transitorio.

La rectitud ó justicia de estas dos últimas observaciones no habrá quien las ponga en duda, toda vez que se comprueban con ejemplos de la historia á manos llenas; pero no se debían pasar por alto para necesario esclarecimiento del asunto y en obvio de futuras dificultades.

Es decir, en resumidas cuentas, que lo que ahora interesa, es fijar la noción exacta de la masonería y sacar del común sentir y lenguaje de los autores lealmente interpretados, una definición que en lo substancial haya forzosamente de ser admitida por todos, so pena de incurrir en la nota de cavilosidad ú orgullosa suficiencia contra la general corriente. Lo cual, una vez conseguido, y sin echar en saco roto en el ínterin las dos precedentes observaciones, el estado de la cuestión resultará claro y despejado, que es lo que sobre manera importa.

Por segunda vez y con mucha más razón que la pasada, recusamos la autoridad de los masones en este punto. ¿Cómo los que hasta en lo más insignificante, hacen profesión de secreto con ley severísima y bajo terribles penas, á la buena de Dios sin más ni más nos iban los muy inocentes á vender en la definición de su secta el más profundo de sus misterios, entrañado en su naturaleza propia, en su fin interno y último y en los consiguientes modos de conspiración al fin? ¿ellos, los que por base de conducta adoptan y manejan la impostura, la mentira y embuste en todas sus formas, según que cumplidamente probaremos en su lugar, se nos iban á entregar atados de pies

y manos con el vínculo de una definición franca é ingenua? Los muy taimados nos saldrían con la vieja cantinela de que la masonería es una sociedad filantrópica, dedicada al estudio de la moral y de la alta filosofía, y que todo lo demás, fuera de esto, es vil calumnia. A su tiempo te clavaremos en la picota, para que todos vean tu ignominia, so hipócrita.

Y volvámonos nuevamente á los nuestros, que es gente de verdad y de honradez.

¿Qué nos dicen cuanto á lo substancial, ó qué idea genérica, bien que bastante determinada, nos dan de la masonería?

En 1747, uno de los primeros que con mejores informes escribieron por aquel tiempo, el autor de los *Franc-maçons écrasés*, el abate Larudan, según algunos, el publicista Perau según Claudio Janet, de quien tomamos la cita, afirma que la masonería "á través de las alegorías referentes á la reedificación del templo de Salomón, se propone por objeto la destrucción de todas las religiones reveladas, para traer al hombre á la simple religión natural y al completo desquiciamiento del orden en la sociedad civil." Entre paréntesis, ya sabemos á donde va á parar esa religión natural, al deísmo fantástico, al neto ateísmo, á la carencia de toda religión.

Nótese desde luego el doble carácter que atribuye á la secta *anticristiana* y *antisocial*.

Como anticristiana, por sociniana, y como antisocial, por espontánea consecuencia, la presenta el abate Lefranc [1] en 1791, y le hacen coro el Ilmo. Sr. Fava y el Antiguo Rosa-Cruz.

El esclarecido P. Barruel, uno de los grandes maestros en el Arte Real, bien que *profano*, en dos palabras condensa el

(1) Le voilé levé pour les curieux.

resultado de sus largas y exquisitas investigaciones, y retrata aquel famoso jacobinismo: *Guerra á Cristo y á su culto: guerra á los reyes y á todos los tronos* [1]: lema que todo lo dice y encierra más de lo que dice.

No hay que preguntar, cómo pensarán los discípulos fieles del P. Barruel, todos los que de más cerca ó más lejos pisan sobre sus huellas y que buscan la ascendencia de la secta entre los templarios, los maniqueos ó los judíos: de tales padres, según nos los pinta la historia, tal ha de ser la hija.

Ni hemos de quebrarnos la cabeza en averiguar el parecer de todos los que tras la máscara de políticos desalmados, audaces sofistas y charlatanes filántropos de la ominosa cofradía, ven asomar rectamente informados la horrible faz del rey del Averno.

Para no repetir enfadosas variaciones sobre el mismo tema, baste saber, cómo el P. Deschamps, el más diligente compilador contemporáneo de casi todo cuanto hay y se conoce de la masonería, la define con un solo rasgo: La REVOLUCIÓN; pero la revolución que esencialmente consiste en negar la coordinación de todas las cosas y la subordinación de todas las acciones humanas á su fin último natural y sobrenatural [2]. En el mismo sentir abunda su ilustre continuador, Claudio Janet.

De un plumazo traza su exacto diseño Benoit: la *Ciudad anticristiana*.

Aunque asaz difusa, buena es la descripción hecha por el P. Gautrelet: "Una sociedad de hombres sin religión, unidos por medio de una misteriosa organización y de horribles juramentos bajo la oculta dirección de jefes invisibles, para hacer la guerra á la Iglesia y á la sociedad, y con el especioso pretexto

(1) Memorias para servir á la historia del jacobinismo. T. 2º, C. 2.

(2) Les sociétés secrètes et la société. Chap. I párrafo 1.

de establecer en todo el mundo la libertad, la igualdad y la fraternidad, para resucitar el paganismo [1]."

Excelente definición la de Negroni, aparte de alguna que otra palabra supérflua: "Una congregación de hombres y mujeres, consagrados á Satanás, dedicada en política á destruir las leyes y el orden establecido por Dios; y en religión á abolir todo culto de la divinidad substituyéndole la demonolatría."

Y concluimos con dos definiciones oficiales de la Iglesia:

La de Gregorio XVI, primero, que en compendio aplica á los maniqueos de hoy [los masones], la sentencia dictada por S. León Magno contra los masones de entonces [los maniqueos]: "La cloaca donde se han juntado las doctrinas impías, las prácticas sacrílegas y abominables de todas las sectas más infames, desde el comienzo de los siglos hasta nosotros (2)."

La de Leon XIII concebida en estos términos: "El designio último de la masonería es arruinar desde cimientos toda la disciplina ú orden religioso y social, engendrado de las instituciones cristianas y sustituirle otro á su antojo, tomando sus fundamentos y leyes del naturalismo [3]."

En todas estas definiciones y descripciones y en otras que sería fácil amontonar de cuantos autores saben donde tienen la mano derecha, adviértase cómo resaltan: 1º el espíritu anticristiano y antisocial de la secta, que la informa ó especifica: 2º el fin destructor de la religión y la sociedad: 3º los medios proporcionados y modo común de obrar, la impiedad y el libertinaje. Con tales señas se pone de manifiesto, y si alguno se equivoca, será porque quiere.

Con todo esto queda claro como el agua el estado de la cuestión y no hay lugar á ambigüedades. Hora es ya de entrar

(1) La franc-maçonnerie Lett. 2iem.

(2) Encl. *Mirari vos*.

(3) Encl. *Humanum genus*.